

HOMENAJE A LOS NUMERARIOS

PEREZ ARBELAEZ, DUGAND, RICO PULIDO y SANIN VILLA

Durante el periodo académico 1971 - 1972, nuestra corporación sufrió la sensible pérdida, por fallecimiento, de cuatro de sus numerarios, a saber: Enrique Pérez Arbeláez y Armando Dugand, naturalistas; Eduardo Rico Pulido y Gabriel Sanin Villa, ingenieros civiles. De ellos, el primero no sólo fue miembro fundador sino que a la hora de su muerte desempeñaba el cargo de Vicepresidente de la Academia y estaba hecho cargo de ella, por grave enfermedad del titular, Ingeniero Vicente Pizano Restrepo.

Dada la jerarquía científica del padre Pérez Arbeláez, varios numerarios consideraron que la Academia debía hacer oír su voz de condolencia durante la ceremonia de inhumación de los restos de su Vicepresidente y confiaron al Secretario de la misma, Ingeniero Gustavo Perry Zubieta, tan penoso encargo. Posteriormente, la Academia en pleno recomendó que las palabras en referencia se insertaran en la revista que le sirve de órgano, por juzgar que habían interpretado su íntimo sentimiento de pesar. El Ingeniero Perry dijo, entonces:

«Familiares y amigos del padre Enrique Pérez Arbeláez: En este luctuoso momento en que la tierra colombiana recibe para transformarlos en savia vivificadora, los despojos mortales de quien tanto y tan desinteresadamente la sirvió, no podía faltar la voz de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, para decir el pesar que la embarga por la muerte de quien fuera maestro, guía y compañero insuperable de todos sus miembros y diera en vida a la ciencia nacional lustre perenne.

Aunque la figura del padre Pérez Arbeláez está ya inscrita con relieves inconfundibles de alcurnia en los anales patrios, por la abundancia de sus méritos, no sobra decir aquí a trueque de que se lo repita en ocasión más propicia, que fue el afortunado prolongador de otro hermano suyo en Cristo y en la Ciencia, que arribó a nuestras costas en el inolvidable año de 1760 y dedicó luego su vida a la hazañosa empresa de la Expedición Botánica. Como Mutis, el padre Pérez Arbeláez tuvo devoción incancelable por las ciencias naturales y por todo lo atinente a ellas y para satisfacerla empeñó su exuberante vitalidad en tareas tan fecundas como las de la Hilea Magdalenense y el Jardín Botánico de Bogotá y dejó testimonio de su saber en varios libros técnicos y de divulgación escritos en prosa disertada y castiza, por la cual discurría la ciencia adquirida en exigentes centros europeos. No en balde se le debe tener como eslabón de esa cadena de naturalistas que, partiendo del gaditano, se enlazan con Jorge Tadeo Lozano, Francisco Antonio Zea, Florentino Vezga, José Jerónimo Triana, Francisco Bayón, Joaquín Antonio Uribe y varios otros ilustres hombres ya desaparecidos y llega hasta nuestros días en floración que ofrece la más promisoriosa cosecha de frutos.

El Padre Pérez Arbeláez se entregó, con pasión de todas las horas, a fomentar la defensa de nuestros recursos naturales, los mismos que la incuria privada y pública viene permitiendo que se destruyan, con ligereza imperdonable, y en ese empeño tiene ya ganado lugar de privilegio entre los grandes benefactores de Colombia y de pionero entre quienes se empeñan en crear una previsora conciencia conservacionista del suelo patrio.

Hoy, cuando se cierra, para desmedro de la ciencia criolla, el ciclo vital del padre Pérez Arbeláez, nuestra Academia, que se honró en contarle entre sus fundadores, y los que por pertenecer a ella se beneficiaron con su consejo y amistad, hacen promesa de mantenerse fieles a su memoria y de enaltecer los dones con que le dotó el creador, como símbolo elocuente de la mancomunidad colombiana».

Tan pronto fue reintegrada, la Mesa Directiva de la Academia dispuso celebrar una sesión extraordinaria para honrar a los cuatro numerarios fallecidos durante el último año y designó a los oradores que hablarían a su nombre, durante la ceremonia. Esta tuvo lugar el día 22 de marzo de 1972, en el salón de conferencias del Planetario Distrital, a donde concurrieron buen número de miembros de la corporación y de familiares y amigos de los homenajeados. La Academia ordenó también que en su revista se transcribiera el acta de la sesión, dado que a su juicio contenía un afortunado resumen de cuanto dijeron los oradores que ella tuvo a bien escoger. La parte pertinente de dicha Acta, dice así:

«Al abrirse la sesión, el secretario leyó el acta número 169 de la reunión ordinaria del mes de febrero precedente, que fue aprobada sin observaciones; en seguida, el mismo funcionario dio a conocer el texto de los Acuerdos 1, 2, 3 y 4 de 1972, dictados por la mesa directiva en memoria de los académicos motivo del homenaje y, por su parte, la Academia guardó, a petición del Presidente, un minuto de silencio como ofrenda colectiva a los mismos.

A continuación tomaron la palabra los académicos, padre Lorenzo Uribe, Alvaro Fernández Pérez y Alfredo D. Bateman para pronunciar los discursos laudatorios que les habían sido encomendados. El primero de ellos, en frases llenas de conmovido aprecio,



Enrique Pérez Arbeláez

comenzó destacando, a propósito de las semblanzas de naturalistas granadinos hechas por Florentino Vezga en el siglo pasado, las semejanzas de todo orden que se aprecian entre Mutis y su heredero científico Pérez Arbeláez, así como la honda huella que ambos dejaron en el panorama cultural de Colombia. Luego de recordar que este último inició su carrera científica en 1925 cuando redactó, en asocio del español Pujula y del mejicano Amozurrutia, una lujosa "Biología Moderna", en cuatro tomos, mencionó los estudios sobre ciencias naturales hechos por Pérez Arbeláez en la Universidad del Rey Maximiliano de Munich, Alemania, donde alcanzó el preciado título de doctor, con las palmas académicas "summa cum laude". De regreso a la Patria, el nuevo naturalista dejó de lado su amor tradicional por la biología para dedicarse a continuar la empresa de la Expedición Botánica y a la nunca elogiada como se debiera, de fomentar el conocimiento, protección e incremento de los recursos naturales. En prosecución de estos fines, inició la herborización intensiva, al través de largas y repetidas excursiones por el territorio nacional; movió, con el acicate de su avasalladora personalidad, el interés de los sectores público y privado; ocupó asiduamente las páginas de la prensa periódica, valiéndose de artículos, en los que supo exponer siempre los temas de su predilección, en estilo castizo y amenísimo, y escribió varias obras divulgativas de las que la más famosa a juicio del orador, es la titulada "Los Recursos Naturales de Colombia", que salió inicialmente en nueve entregas, hasta formar dos gruesos volúmenes. Pérez Arbeláez colaboró en la fundación de nuestra Academia, a la que nunca escatimó el beneficio de su apoyo y consejo, y fue el creador del Herbario Nacional Colombiano, preludeo afortunado del actual Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional y a cuyo edificio, del cual trazó los primeros esbozos, fueron a dar, a fin de ser aprovechados, los ejemplares botánicos de José Jerónimo Triana, que estuvieron dañándose durante mucho tiempo en los desvanes de alguna dependencia oficial. La última obra de nuestro ilustre colega se materializó en el Jardín Botánico de Bogotá, José Celestino Mutis, al que dirigió hasta su muerte y a cuyo establecimiento dedicó, con el ímpetu vital que le era propio, la totalidad de los esfuerzos de sus últimos años. El padre Uribe terminó la semblanza de su hermano en Cristo recordando con emoción el tributo que ofreció hacer a éste un antiguo y modesto colaborador, consistente en un manajo de flores silvestres que irían a cubrir, a manera de símbolo, la tumba recientemente abierta de quien fuera devoto oficiante del culto a la naturaleza.

Acto seguido, el académico Fernández Pérez inició su oración relatando el viaje que hizo hace poco a la ciudad de Barranquilla para seleccionar, con la familia del profesor Armando Dugand, el material científico donado por él al Instituto de Ciencias Naturales, semanas antes de su fallecimiento y haciéndose eco de la emoción que experimentó durante la visita al gabinete de trabajo del maestro; en ese recinto eran aún visible testimonio de la actividad creadora de quien lo dejara hace poco, una biblioteca muy selecta, de consulta habitual para su dueño, y ricas colecciones botánica, zoológica y de mineralogía, adicionadas con apuntes ecológicos y con los nombres científico y vernáculo de cada espécimen. La tarea investigativa de Dugand, encaminada principalmente a la taxonomía, debió de serle muy difícil por lo exiguo del medio en que se movía y la morosidad en la comunicación y consulta con otros más ricos, no obstante lo cual llegó a ser por su versación, autoridad reconocida en la familia bignoniaceae, dentro del ámbito mundial, y en el género ficus y en la familia de las palmas, dentro del ámbito patrio. Trabajador incansable, alcanzó a publicar 95 memorias botánicas y 26 sobre avifauna, en revistas científicas colombianas y extranjeras, dejó los originales para un texto de geobotánica e inéditos o en proceso de elaboración, 14 estudios sobre diversos temas entre los cuales conviene mencionar el que tituló "Contribuciones al vocabulario zoológico español". En lo relativo a las actividades docentes y académicas, basta recordar que Dugand fue director del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de 1940 a 1953; que allí fundó las revistas *Caldasia*, *Mutisia* y *Lozania*, de amplio crédito internacional todas ellas, y fue, en 1945, el organizador del primer curso de botánica sistemática, para el cual escribió unas conferencias que aún se utilizan con provecho; que recibió el título de profesor honorario de la misma Universidad Nacional y el doctorado "honoris causa" de la del Atlántico y que, finalmente, perteneció, como numerario, a nuestra Academia y, en diferentes calidades, a otras ocho de varios países.

El nombre del homenajeado entró ya, para honra de Colombia, al acervo científico del lenguaje botánico, pues con él se distinguen un género leguminoso y un centenar de especies con los epítetos "dugandii" o "dugandiana".

El doctor Fernández encareció en su discurso la gratitud de la Universidad Nacional por haber sido beneficiada con la biblioteca y colecciones científicas del profesor Dugand, que ya reposan en un salón especial del Instituto de Ciencias Naturales, de donde se han de llevar a la imprenta los trabajos inéditos del donante y los que, habiendo dejado inconclusos, vayan completando los investigadores del Instituto.

Para terminar, el orador unió los nombres de los dos naturalistas Dugand y Pérez Arbeláez, ensalzando sus méritos y diciendo que ambos pertenecen ya, por derecho propio, a la historia de la cultura colombiana, a la par con quienes de sus compatriotas les precedieron en el cultivo de la ciencia de Linneo.

En uso de la palabra el académico Alfredo D. Bateman hizo en afortunada síntesis, el elogio de sus colegas, los numerarios Eduardo Rico Pulido y Gabriel Sanín Villa, ascendidos, durante el último año, a esta categoría, en razón de sus méritos profesionales. Los dos fueron excelentes ingenieros, de amplia trayectoria dentro de su gremio, que supo llevarlos a posiciones de relieve. El primero de ellos se dedicó de preferencia,

a los ramos muy conexos de la hidráulica y la hidrología, donde ganó, por su preparación, autoridad indiscutida; fruto principal de su labor en ambos campos son los estudios de las costas colombianas en los dos litorales para la selección de puertos



Armando Dugand

menores y los relativos al puerto de San Andrés, el fluvial de Leticia sobre el río Amazonas y a la bahía de Sanquianga en el litoral Pacífico. Colaboró, además, con los Recursos Pesqueros del Perú y la Comisión Interamericana del Atún Tropical, en temas propios del Pacífico Suramericano; con el Instituto Oceanográfico de Scripps, Estados Unidos, en el estudio de los cañones suramericanos y los diápiros existentes en el mar Caribe, y con la Universidad de Texas, a nombre de la Comisión Colombiana de Oceanografía, para investigar el proceso de sedimentación del río Magdalena.



Eduardo Rico Pulido

Al retirarse a la vida privada, su insaciable curiosidad intelectual le llevó a los terrenos lingüístico y geográfico, de cuyo cultivo extrajo una obra titulada "Diccionario de Sinónimos" y varios artículos que le dieron acceso a la Sociedad Geográfica de Colombia y le llevaron luego a ocupar la presidencia de ésta durante dos períodos consecutivos y a recibir, en retribución a su interés por las tareas de la entidad, el cargo de miembro honorario de la misma.

Al término de sus oraciones laudatorias, los académicos Uribe, Fernández y Bateman recibieron el aplauso de los colegas y del resto de la audiencia, como reconocimiento a la forma acertada en que se desempeñaron.

En seguida, el señor Presidente impuso a los nuevos numerarios señores Eduardo Acevedo Latorre, Luis Guillermo Durán, Clemente Garavito Baraya, José María Garavito Baraya, Francisco Lleras Lleras, Luis Eduardo Mora Osejo, Alberto Morales Alarcón, padre Antonio Olivares, Carlos Páez Pérez, Gustavo Perry Zubieta, Santiago Triana Cortés y Sven Zethelius la medalla de miembros correspondientes de la Real Academia de Ciencias de Madrid. En cuanto a los numerarios Eduardo Rico Pulido y Gabriel Sanín Villa, quienes también eran acreedores a tal distinción, el señor Presidente la puso en manos, así como el correspondiente diploma, de las señoras viudas Lucy Sánchez de Rico, representada por su hijo Humberto, y María Teresa Uribe de Sanín.

Satisfecho el orden del día fijado para la reunión, el Presidente la dio por clausurada, siendo las 7 y 50 p. m.». »

El Ingeniero Rico Pulido perteneció, como numerario, a la Sociedad Geográfica de Colombia, llevó la representación oficial de su país en el Decenio Hidrológico Internacional, el Comité Colombiano del Manto Superior de la Tierra y la Comisión Colombiana de Oceanografía y escribió un libro notable: "Obras de Bocas de Ceniza", galardonado por la Sociedad Colombiana de Ingenieros, con el premio Diódoro Sánchez de 1968.

Por su parte, el Ingeniero Gabriel Sanín Villa se orientó inicialmente hacia las actividades profesionales más directamente conectadas con el desarrollo industrial del país, mediante el aprovechamiento de sus fuerzas naturales; fue, entonces, cuando escribió un tratado sobre ruedas Pelton, de gran provecho para sus colegas, pues explica, en forma sencilla pero técnica, todo lo atinente a la construcción, instalación y funcionamiento de tales máquinas y vinculó su nombre al empeño creador de dos entidades culturales de su provincia: la Sociedad Antioqueña de Estudios de Ingeniería, desafortunadamente de efímera vida, y la benemérita Sociedad Antioqueña de Ingenieros. Gracias al espíritu cívico de que siempre dio pruebas, sus correligionarios antioqueños lo invistieron, por dos veces consecutivas, con su representación ante el Congreso de la República, donde se hizo conocer por el don de consejo y la laboriosidad.



Gabriel Sanín Villa